

# Muere Joseba Arregi, el nacionalista que rompió con su pasado

Considerado uno de los padres del Guggenheim, la deriva soberanista de Ibarretxe y Lizarra le hicieron alejarse del PNV y acercarse a las víctimas del terrorismo

DAVID GUADILLA

Consejero de Cultura durante una década y portavoz del Gobierno vasco con José Antonio Ardanza, impulsor del Guggenheim, histórico militante de un PNV del que se alejó desencantado por la deriva soberanista de Juan José Ibarretxe, amante de una Euskadi plural, opositor feroz al totalitarismo de ETA, defensor de la memoria y de la dignidad de las víctimas del terrorismo, escritor, ensayista... Joseba Arregi, pieza clave en la política vasca, falleció ayer a los 75 años tras una larga enfermedad.

Nacido en Andoain en 1946 en el seno de una familia de profundas raíces nacionalistas, su recorrido vital fue el de una persona capaz de cuestionar sus propios ideales, de superar prejuicios y de tener la valentía para no callarse. Sus reproches a la estrategia de Ibarretxe hicieron que le llovieran críticas de quienes hasta muy poco antes habían sido sus compañeros, se le situó en aquel concepto peyorativo que Xabier Arzalluz definió como «los michelines» del nacionalismo,

«la grasa que sobra», y para algunos se convirtió en un «traidor». Él respondió con cierta ironía. «Los problemas de este país no son de michelines, sino por desgracia bastante más serios».

Fue un punto de inflexión en su trayectoria. ETA acababa de romper la tregua de Lizarra. Él seguía como parlamentario del PNV, pero hacía tiempo que se había producido una ruptura emocional con su partido. O al menos con la dirección que lo guiaba en esos momentos. El adiós definitivo llegó a mediados de 2004. «Ha sido un pequeño acto de libertad», afirmó Arregi al explicar su marcha de la formación jeltzale. «Ojalá el PNV recupere el equilibrio que ha perdido, ojalá vuelva a una posición centrada, pero cada uno tiene sus ritmos y mi ritmo vital es el que es».

Aquella despedida dejaba, en todo caso, una pista de por dónde iba a discurrir su futuro. «No significa que me vaya de la política. Trabajaré por aquello en lo que creo». Y si en algo creía Arregi era en una Euskadi plural. «La sociedad vasca no puede parecerse ni de lejos a lo que ETA pretende: una sociedad homogénea en el sentimiento nacionalista». Meses después irrumpía Aldaketa, una plataforma que acabó presidiendo, en la que también estaban, entre otros Andoni Unzu, Imanol Zubero y Carlos Trevilla, y que buscaba «regenerar la cultura política vasca»

## REACCIONES

**Andoni Ortuzar**  
Presidente del PNV

«Valoramos su aportación a la normalización del euskera y al desarrollo de la cultura vasca»

**Idoia Mendia**  
Secretaria general del PSE

«Intelectual valiente, tuvo siempre una mirada prioritaria para las víctimas del terrorismo»

**Florencio Domínguez**  
Director Centro Memorial

«Se implicó con las víctimas del terrorismo y trabajó para la deslegitimación de ETA»

y la «alternancia». Desembocó en la firma de un «pacto ciudadano» con el PSE y su apoyo a la candidatura de Patxi López como lehendakari.

## «La alta cultura»

Era el giro definitivo en la trayectoria de un nacionalista 'pata negra'. Su hermano Ricardo, fallecido en accidente de tráfico en 1969 con 27 años, fue uno de los precur-



sores de la alfabetización en euskera. Él había ido al seminario. Viajó a Suiza y Alemania, donde estudió Teología. Llegó a ser ordenado sacerdote. Quienes le conocían y trataron le definen como «muy alemán», «un germanófilo». «Muy cuadrículado» y con un punto «arrogante». Vivió su propio drama personal cuando quedó viudo con tres hijos pequeños.

A mediados de los ochenta demostró su lealtad al PNV. Fue de los pocos que en Gipuzkoa no se marchó a Eusko Alkartasuna. De hecho, en aquellos días llegó a presidir el Gipuzku buru batzar. Junto a él, un joven que le ayudó a sostener la estructura jeltzale en el territorio y con el que acabaría enfrentado: Joseba Egibar.

## Un traidor con principios

ANDONI UNZALU



Hay personas que, aun cuando se van, no se van del todo, queda el eco repetido de lo que dijeron o la sombra alargada de sus actos. Joseba Arregi es una de estas personas.

Se crió en una familia nacionalista militante, sí, en una de esas pocas familias nacionalistas durante la dictadura, y durante los últimos años el nacionalismo en su conjunto le ha señalado como traidor con especial inquina.

Llegados aquí debemos diferenciar entre el converso y el traidor. El converso no asume su pasado, te dice: «este que soy ahora no es el que fui; aquél era

otro, diferente». La esencia del converso es no asumir la responsabilidad de su pasado. Entre nosotros hemos tenido, al menos, dos oleadas de conversos, en los 70 con los «demócratas de toda la vida» y en la actualidad con los de «yo siempre he condenado el terrorismo de ETA».

El traidor, en cambio, no renuncia a la responsabilidad de su pasado; se mira a sí mismo y, reconociéndose errado, equivocando, cambia de posición. Sin personas así seguiríamos viviendo en tribus. Joseba era de estos últimos, de los traidores recios y honestos, nunca intentó ocultar

su pasado ni su responsabilidad y, cuando su militancia nacionalista le situó en la tesitura de elegir entre identidad o igual ciudadanía para todos, escogió la democracia liberal y los iguales derechos de ciudadanía.

Joseba no traicionó al PNV, se traicionó a sí mismo, a su pasado, asumiendo el precio anticipado por ello. Yo creo que esa ruptura con su familia nacionalista la vivió como un desgarro personal. Sabía muy bien que sería expulsado al ostracismo, sabía que los suyos romperían toda relación con él. Sabía que esa ruptura no iba a provocar un debate de argu-

mentos, sino que lo envolvería en una capa de odio irracional para anular cualquier razonamiento.

A partir de ese momento, y hasta el final, Joseba ha tenido que beber hasta las heces la soledad amarga del que es repudiado por los suyos. Una soledad a la que ha hecho frente con la defensa del individuo como soberano de sí mismo, con la firme e inmovible defensa de sus principios que anteponían al nacionalismo la vida y la libertad. La imagen que yo tengo de Joseba es la de un hombre solo que no se pudo permitir rendirse. Creo también que su fe profunda de cristiano culto le sirvió como báculo para soportar la soledad impuesta.

El pacto de Estella fue una catástrofe personal para Joseba que le anulaba cualquier atisbo de justificación del nacionalismo gobernante, pero sobre todo porque le planteaba de forma cruda

el mayor problema entre su partido y él: la connivencia con el terrorismo de ETA. A partir de este momento el terrorismo se convertirá en el eje central de sus reflexiones, el terrorismo y la connivencia del resto del nacionalismo.

Esta connivencia es para Joseba casi un dolor personal. Cuenta en uno de sus escritos que cuando detenían a un miembro de ETA en Francia salía rápidamente el portavoz del Gobierno vasco a manifestar su protesta. Y con una sinceridad y honestidad poco comunes añadía: el portavoz era yo. El terrorismo se convierte para Joseba en un dolor personal que no cesa porque le une a su pasado nacionalista y mira con asombro, y también con estupor, que la sociedad vasca en una gran parte cierra los ojos al dolor ajeno y mira para otro lado, convirtiendo el acto terrorista en una cosa banal y repetida.





Joseba Arregi fue portavoz del Gobierno y consejero de Cultura con José Antonio Ardanza. LUIS ÁNGEL GÓMEZ

Fue nombrado portavoz y consejero de Cultura del Gobierno vasco con José Antonio Ardanza de lehendakari. En aquellos gabinetes de coalición con el PSE, Arregi encontró en José Ramón Recalde, titular de Educación socialista, a su principal adversario ideológico. Representaban dos visiones diferenciadas. «Nadie podía acusarle en ese momento de ser un naciona-

lista tibio». Pero años después Arregi acabaría más cerca de las posiciones de Recalde que de las que él mismo defendía en ese Ejecutivo.

Apasionado de la filosofía, de Hegel, de la «alta cultura», tuvo la visión de impulsar un proyecto que cambió el país, o al menos Bilbao: el Guggenheim. Fueron Arregi y el diputado de Hacienda de Bizkaia, Juan Luis Laskurain, los que vie-

ron la potencialidad de un proyecto rompedor, de invertir una ingente cantidad de dinero público en un museo. «Muchos no comprendían que se pudiera asumir una inversión como aquella, dadas las penosas condiciones económicas del momento. ¿Qué tiene que ver la cultura con las infraestructuras? me preguntaban a cada paso», afirmó años después.

El museo abrió en 1997 y por aquel entonces algo ya estaba a punto de cambiar en su forma de ver la vida. Arregi se fue separando no solo del PNV, sino del nacionalismo como ideología. Llevó a cabo su propia reflexión personal, la de que el proyecto que había defendido durante décadas había quedado contaminado por el terrorismo de ETA. Quienes le conocían bien creen que, en realidad, lo que más dolor le supuso en su trayectoria no fue romper con el PNV, sino pensar que durante años la formación de la que había sido dirigente había sido condescendiente con la violencia.

Perdió amigos y para el PNV se convirtió en una bestia negra. Se volcó en las víctimas, en situarlas en el centro del debate, en recuperar su dignidad. Cuando dejó el partido en 2004 afirmó: «Es algo que me aprieta la conciencia. Todo esto me lo planteo en el contexto de la memoria de las víctimas, que tienen un significado político, ya que ETA las ha instituido como víctimas porque son un estorbo para sus pretensiones».

Joseba criticará de forma repetida la perversión de justificar desde los objetivos políticos el acto violento de arrebatar la vida de un conciudadano. Pero será la defensa de las víctimas del terror el tema recurrente, casi obsesivo, de Joseba durante los últimos años. La defensa cerrada de su presencia en la memoria colectiva. Para Joseba la víctima no es sólo una persona injustamente asesinada, tiene un valor político en la defensa de la libertad y la denuncia del asesino. Para Joseba la defensa de la memoria de la víctima y su función social de recordatorio permanente del pasado terrorista es fundamental para la convivencia cívica. Parece decir: si olvidamos a las víctimas, si olvidamos a los asesinados, los asesinatos no habrán ocurrido, los asesinos dejarán de serlo.

Yo no he conocido soledad más dolorosa que la de Joseba en la defensa de las víctimas de ETA.

Convirtió la soledad del expulsado extramuros en una enorme fortaleza interior que le confirmaba la verdad de su razonamiento. Cuenta Leonardo Sciascia, en la introducción de 'Historia de la columna infame', que incluso en los peores momentos de la humanidad, cuando casi todo el mundo se vuelve loco y camina por la senda del error, siempre hay algunas personas honestas que se niegan a cerrar los ojos y reconocen la verdad. Joseba era uno de estos.

Cuando la siguiente generación de vascos acumule suficiente valor para mirar de frente nuestro pasado terrorista, dirán sin duda: «Todos no fueron así, y la presencia de Joseba surgirá de nuevo defendiendo la vida, la libertad y la presencia de las víctimas en la memoria colectiva, diciendo con humildad, esta vez sí, esta vez vamos a superar nuestro pasado».

## Una persona coherente



ANTONIO RIVERA

**A**lgún nacionalista vasco saltará de su asiento al leer este título. ¿Coherente alguien que fue casi todo en el PNV y después el más acreditado crítico de la política de ese partido? Pues sí, una persona radicalmente coherente y consecuente, como solo lo son aquellos capaces de separarse políticamente de los suyos si han llegado al razonamiento de que están equivocados o de que actúan en contra de lo que ahora entienden correcto y adecuado.

Conocí a Joseba en dos de esos procesos. En la Universidad Pública, cuando convocado para evaluar la calidad del profesorado pudo conocer a fondo los expedientes personales de muchos de éstos hasta concluir que teníamos una muy buena institución, frente a los prejuicios que albergaba de inicio. Luego fue profesor de la UPV-EHU y disfrutó mucho de ello. El segundo fue en la política y, en un momento histórico, la vida nos juntó en aquella experiencia de Aldaketa-Cambio por Euskadi, a finales de 2004. Lo había sido casi todo en el nacionalismo vasco: venía de una familia de rancio abolengo jeltzale, había estado en la cárcel por ello, había sido consejero de Cultura y portavoz del Gobierno vasco, y luego había dirigido el partido en Gipuzkoa cuando la escisión de Eusko Alkartasuna lo dejó en cuadro. A la vez le dio por pensar y cuestionarse algunas cosas. Una primera que le rondó pronto: Euskadi era pura provincia, como dijera Ortega, puro localismo cosido a base de un ilusorio proyecto nacionalista que no hacía sino desvertebrarlo aún más. 'Euskadi invertibrada', tituló uno de sus libros en 2000. La segunda era que no había proyecto nacional vasco si no era contando con toda la ciudadanía vasca y no solo con sus pretendidos y exclusivos nacionales, los nacionalistas vascos. Le atacó y atacó la cuestión en plena vo-

rágine soberanista. Por ahí enfiló, por la vía de un sano liberalismo, radicalmente opuesto a comunitarismos contrarios a la libertad personal. 'La nación vasca posible' también se publicó en 2000.

Después vino su enorme aportación intelectual a la identificación y a la dignificación de la figura de las víctimas del terrorismo. Su libro de 2015 'El terror de ETA: la narrativa de las víctimas' es, para mí, uno de los mejores que se han escrito en lo que llevamos de siglo. Suya es la definición de la dimensión política de las víctimas del terrorismo de ETA y la consecuencia de las responsabilidades políticas que tienen las instituciones y la sociedad para con su recuerdo, como deja bien claro la ley de 2008. No se puede edificar una comunidad política vasca sobre la exclusión, sobre una ciudadanía superior en la práctica a otra, sobre las fantasías de la comunidad por encima de la sociedad de libertades y derechos. No se puede construir la Euskadi del futuro, no ya solo sobre el olvido de lo ocurrido aquí desde 1968, sino, mucho peor, asentando ahora en la paz los mismos presupuestos de división y rechazo que se defendieron en otro tiempo con las armas y la violencia. Se convirtió en un radical de esta tesis, al punto de resultar, no ya hiriente con sus antiguos correligionarios, sino incluso demasiado insistente y poco realista incluso para quienes no son nacionalistas.

Acabó de viejo gruñón, indicándonos que por ahí nos cargábamos el país, como lo estamos haciendo ya con esos engaños que un patriota como él insistía en denunciar: una política lingüística contra las personas, un aburguesamiento contra el futuro, un ideologismo contra el sentido común, un disparate social que resistirá solo mientras siga sobrando el dinero. Terminó profundamente cristiano y conservador, y, lo mejor, no le importaba nada ir contra corriente. Se empeñó coherentemente en salir, si era necesario, de eso que los cursis llaman la zona de confort, de la tribu correspondiente al momento, cuando chocaba contra su racionalidad. Se nos va uno, este sí, de los mejores. Descansa en paz, Joseba. Goian bego!

**Se empeñó en salir de eso que los cursis llaman la zona de confort, de la tribu**